

ricordia que necesitamos y la gracia que buscamos para llegar-  
nos santamente al sacramento augusto de la Eucaristía: *adea-  
mus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam  
consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*  
Mirad, M. A. H., que necesitamos vivir la vida de hijos de  
Dios, si atendemos á que nuestra condicion sobre la tierra,  
si bien nos impone la necesidad de alimentar con el pan ma-  
terial nuestro cuerpo, no es menos cierto que debemos sus-  
tentar nuestra alma con el pan eucarístico, con el pan de los  
ángeles; y que esa vida santa á que estamos llamados, la  
hallaremos seguramente en la multitud de gracias que se nos  
prodigan en el sacramento del amor divino, en el que no solo  
se contiene la gracia, sino el soberano autor de la gracia,  
Jesucristo, que es «el camino, la verdad y la vida.» Si así  
lo hacemos, nuestra vida será sobre la tierra la vida de los  
santos, y en el cielo en compañía de la Reina de todos ellos  
alabaremos al Santo de los santos, al Santísimo que vive y  
reina por los siglos de los siglos. Amen.

---

## PARTE SEGUNDA.

---

### SERMON PARA EL DIA SIETE.

---

**La Santísima Virgen María es modelo perfecto del  
verdadero cristiano que todos pueden y deben imitar.**

---

*Post te curremus in odorem  
unquentorum tuorum.*

En pos de ti corremos al olor de tus  
ungüentos.

CANT. I.—5.

Grandes consolaciones debe haber experimentado nues-  
tra alma, A. H. M., y esperanzas inefables ha atesorado  
nuestro pobre corazon al contemplar, en los dias que han pre-  
cedido, á la Santísima Virgen María como refugio de los pe-  
cadores. Estamos tan necesitados de los consuelos de la gra-  
cia divina en este valle de incesantes miserias y dolores; es  
tanta y tan profunda nuestra degradacion como hijos del pe-  
cado; hemos llevado tan lejos los extravíos de nuestra inte-  
ligencia y la perversidad de nuestro corazon, que desgra-  
ciadamente nos asemejamos á «aquel hombre, de que Jesus  
nos habla por S. Lucas que, bajando de Jerusalem á Jeri-  
có, cayó en manos de unos ladrones, los cuales habiéndole  
despojado de cuanto llevaba, y despues de haberle herido le  
dejaron medio muerto.» Nosotros por el peado hemos sido

privados de los bienes sobrenaturales de la gracia, y heridos en los bienes de la naturaleza, y casi muertos para el bien. Necesitábamos una madre que nos alcanzara del supremo Dador esos bienes, una madre que nos ayudara con su protección á enmendar nuestra vida harto culpable, y esa madre es la Santísima María, Madre del amor hermoso, y refugio de los pecadores.

No es esto todo, sin embargo, lo que reclama nuestro anhelo por ser dichosos, y dichosos como lo quiere también que seamos nuestro buen Dios, porque terminantemente nos ha dicho: «Apártate del mal y obra el bien; busca la paz y síguela con ahinco.» Mucho ha hecho el pecador rompiendo las cadenas ominosas de la culpa que lo tenían aprisionado, gimiendo «en tinieblas y en sombra de muerte» siendo ayudado para conseguir «esta preciosa libertad, con que Cristo nos ha librado,» de los poderosos auxilios de la divina gracia que tantas veces nos ha conseguido nuestra Santísima Madre María. Empero esto no es bastante; es necesario además, oído bien, A. H. M., es necesario practicar el bien, adelantar en la virtud, «enderezando nuestros pasos por el camino de la paz,» de esa paz que «el mundo no puede darnos, de esa paz celestial, santísima, que el Señor nuestro Dios nos trajo á la tierra, que nos ha dado y nos dejó para nuestro bien,» á fin de que, «librados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor servil, que no puede conciliarse con la confianza de hijos de Dios, en santidad y en justicia delante de Él todos los días de nuestra vida.»

También la Santísima María se ofrece desde las inmensas alturas de los cielos, rodeada de los serafines de la gracia y de la caridad, á ser nuestra guía, nuestro modelo, y nuestra protectora en esa senda deliciosa de la virtud á que estamos llamados, y que debemos emprender con decisión y alegría, una vez desembarazados del peso del pecado que nos abrumaba. Elevada por nuestro Dios á la cumbre de la

perfección por los dones singularísimos con que la enriqueciera desde el instante primero de su ser; enaltecidos esos divinos dones por su ejemplar conducta durante su peregrinación sobre la tierra ejercitándose en todo linaje de virtudes; amaestrada cual ninguna otra criatura en la escuela de Jesús, donde aprendió sus elocuentes y divinas enseñanzas, «guardando con esquisito cuidado en su corazón todas sus palabras;» designada por este Señor en el Calvario por madre nuestra y velando por nosotros desde el trono de su grandeza como Reina de todos los santos y Auxiliadora de todos los cristianos en el cielo ¡cuántas enseñanzas y cuántas virtudes podemos aprender de esta Señora! ¿Quién aparece con más justificados títulos que María para ser nuestra maestra en la vida cristiana á que todos estamos llamados? ¿Quién puede inspirarnos más confianza y mayor seguridad en el ejercicio de las virtudes que debemos practicar? ¿Quién más interesada que la Virgen Santísima nuestra Madre en los progresos que tenemos necesidad de hacer en los caminos de la perfección cristiana? ¡Ah! bien podemos repetir estas misteriosas palabras del Cantar de los cantares, dirigiéndonos á María para que nos enseñe sus virtudes: «En pos de tí correremos al olor de tus unguentos:» *Post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Este es, A. M., el fruto que yo me propongo obtener de vosotros para los adelantos en la virtud en este discurso, y en otros varios que con el auxilio de Dios habré de dirigiros bajo este tema. Para ello limitémonos hoy á hacer ver que la Santísima Virgen María es un modelo perfecto del verdadero cristiano que todos podemos y debemos imitar: *Post te curremus in odorem unguentorum tuorum.* Admitido este magnífico é instructivo pensamiento, como no puede menos de admitirse, descenderemos en los días sucesivos al análisis y aplicaciones prácticas de otros pensamientos que entraña esta verdad, siempre que el Espíritu consolador descien-

da á nuestras inteligencias y á nuestros corazones para ilustrarnos y movernos santamente. Esperemos que así suceda, toda vez que en ello se interesa la gloria de nuestro Dios y de su excelsa Madre, á quien fervorosamente saludaremos, llamándola una vez mas llena de gracia y de toda virtud.

### AVE MARÍA.

#### I.

Nadie desconoce, A. H., la propension que existe en el hombre á la imitacion. Ora aquella se manifieste en muchos fenómenos de la organizacion, y en las muchas acciones impremeditadas, á la que con los filósofos modernos llamaremos imitacion espontánea, maquinal y simpática; ora suponga el ejercicio razonado de nuestras facultades, y que la denominaremos voluntaria y racional, ello es que nos sentimos inclinados á imitar principalmente á aquellos de quienes hemos recibido el ser, y á los que nos rodean; estos principalmente vienen á ser nuestros, modelos á quienes instintivamente en un principio, y, mas tarde por raciocinio imitamos. ¡Dichoso el hombre á quien han cabido en suerte buenos modelos que imitar ya en el hogar doméstico, ya en las aulas, en el taller, ó en la sociedad que frecuenta, porque en ellos ha encontrado una regla viviente de sus deberes que habitualmente sigue para su bienestar! Nosotros los cristianos, y por consiguiente los devotos de María, somos demasiado afortunados, porque adoptados por esta Señora, la mas santa y bendita de todas las mujeres, la mas cuidadosa de todas las madres, y asociados á su augusta familia, tenemos ocasion de imitar la perfeccion de la moral cristiana en todas las edades, en todos los rangos, en todas las ocasiones en que nos encontremos, porque María es perfecto modelo del verdadero cristiano, ya porque el Altísimo la elevó á una altura de

grandeza adónde no ha llegado ningun santo, ya porque ningun santo tampoco ha ejercido con mas perfeccion que Ella las virtudes cristianas. Por esto debemos aspirar á correr en pos de sus virtudes para imitarlas, pues á manera de un perfume exquisito brotan de la Santísima María: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Es indudable, M. H., que nuestro Dios ha ostentado de vez en cuando las inagotables riquezas de su poder, de su sabiduría y de su amor, prodigándolas con munificencia sin igual sobre muchas de sus criaturas, especialmente sobre aquellas célebres mujeres cuyos nombres conserva la historia sagrada en sus páginas de oro, y las ha prodigado con relacion á la mision á que á cada una de ellas la destinaba. Sara y Raquel, Rebeca y Noemi, Judith y Ester, Jael y Abigail, Susana y Bersabé, Rode y Lidia, y Tábita, y otras ciento y ciento allegaron riquezas celestiales que las han distinguido sobremanera entre todas las mujeres de sus pueblos. ¿Pero qué tienen que ver esas heroínas venerandas, con la Santísima María enriquecida por Dios con todo aquello con que Dios puede enriquecer á una pura criatura? ¡Ah! María las ha aventajado á todas, porque las prendas de su alma con que al Señor le plugo enaltecerla son muy superiores á las demás mujeres: *multæ filia congregaverunt divitias; tu supergressa es universas.* Así es que sus hijos, al contemplarla tan rica de celestiales carismas de gracia, de dones inefables de dignidad y grandeza, se han levantado unánimemente y la han llenado de bendiciones llamándola bienaventurada: *surrexerunt filii ejus, et beatissimam prædicaverunt.*

No podia suceder de otra manera si atendemos á que María fué destinada por Dios para ser su Madre, y la madre de todos los cristianos, y por lo tanto el mas acabado modelo que debemos imitar. En esa inmensa altura de grandeza aparece María tal cual la ha descrito el mismo Dios anticipadamente en el libro de los Cantares: «Hermosa, suave y gra-

ciosa como Jerusalem; terrible como un ejército de escuadrones ordenado; la llama su amiga, su paloma, su perfecta, la escogida de la que la engendró; nos dice que la vieron las hijas y la predicaron bienaventurada, y las reinas y las esposas la alabaron; que Ella marcha como el alba al levantarse; que es hermosa como la luna, y escogida como el sol;» *pulchra ut luna, electa ut sol*. Así es que «desde el primer momento de su vida tuvo la Santísima Virgen, dice S. Bernardino de Sena, el uso de la razón y fué dotada con todos los dones del Espíritu Santo; formó los actos de las mas excelentes virtudes, y fué enriquecido su entendimiento con los conocimientos mas sublimes.» Y S. Vicente Ferrer afirma que «en esta primera santificación recibió la gracia con mas plenitud que todos los santos y todos los ángeles juntos; de suerte que aun cuando todos los serafines, espíritus celestiales, que son todo fuego, reuniesen todos sus divinos ardores, seria necesario todavia mucho para que igualasen al que sintió María en el primer momento de su vida.» Ved, pues, si en este concepto hay un modelo mas perfecto de santidad que poder imitar.

¿Y cuál ha sido, H. M., el uso que la Santísima María ha hecho de esos dones celestiales que ha recibido de Dios en tan copiosa abundancia? Bien sabemos que los santos han sido la copia viviente de Jesucristo nuestro Dios, «como que para ser predestinados han tenido que hacerse conformes á imágen de este divino Señor:» *et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui*. Pero preciso es confesar que en nadie ha resplandecido con caracteres mas marcados esa imágen divina que en la mujer celestial que vió en Patmos el evagelista amado de Jesucristo, «vestida de sol teniendo por trono la luna, y brillando su frente purísima con el fulgor de las estrellas;» nadie ha copiado con mas fidelidad esa imágen prototipo de todas las virtudes que la gloriosa Virgen María, y por esto sin duda la llama la Iglesia «Espejo de la justicia.»

¿Qué modelo tan perfecto para el verdadero cristiano! Seguros podemos estar que caminando en pos del suave olor de sus unguentos, que son sus hermosas virtudes, hallaremos en estas cuanto podamos apetecer para nuestros adelantos en la vida perfecta: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum*.

No es esta, A. H. M., la ocasion de que entremos en detalles de la práctica de las virtudes de María; ya tendremos que hacerlo en los dias subsiguientes. Nos basta hoy saber que nuestra Madre Santísima practicó las virtudes todas del cristianismo en el grado mas perfecto para servir de ejemplo á todas las edades y á todas las condiciones. Recorred y si no, siquiera sea ligeramente, esas condiciones y esas edades, y á todas ellas podeis decir: volved vuestra mirada á María, y aprended en Ella cuanto necesitais para vuestra enseñanza y para vuestra santificación. ¿Se trata de instruir á la niñez en las máximas de la virtud cristiana para formar con ellas el corazón y prevenirlo contra peligros que mas tarde ha de atravesar? Pues oireis decir á María en el templo de Jerusalem, adónde se refugia á la edad de tres años, como la paloma en el hueco de la roca: «Desde el principio de mi vida he entendido, Señor, de tus mandamientos:» *in illo cognovi de testimoniis tuis*. ¿Buscáis la modestia y la sencillez del hogar doméstico, sin las pretensiones del orgullo que hacen desgraciada á la familia? Visitad á María en su casa de Nazareth. ¿Necesitais lecciones de fe y de esperanza que ilustren vuestra razón y sostengan vuestro corazón en sus incesantes vacilaciones? Oid á María en el dia solemne de su Anunciación; contempladla en su destierro de Egipto. ¿Queréis saber cómo se ama á Dios y al prójimo que son los preceptos santísimos en que descansan la ley y los profetas? Asistid con María al templo de Jerusalem; acompañadla á la casa de Santa Isabel en las montañas de Judá, á las bodas que se celebran en Caná de Galilea, y sobre todo á las cum-

bres del Calvario. En una palabra: estudiad la vida perfecta de la purísima María y en toda ella hallareis ejemplos elocuentes y utilísimos, porque Ella es modelo de la infancia por su sumisión, modelo de esposos por sus santas afecciones, modelo de madres por su incomparable y santo amor, modelo del pobre por su paciencia, del desgraciado por su resignación, del rico por el buen empleo de su autoridad, del hombre religioso por la observancia de los preceptos sagrados, y por su mortificación y piedad. ¡Ah! no vacilemos un momento siquiera, A. M., en seguir á María corriendo en pos del perfume delicado de sus virtudes. Todos podemos y debemos trabajar en imitar esas relevantes virtudes para ser dichosos: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

## II.

Cuando Dios, A. H., mandó á Moisés su siervo que fabricase el arca de la alianza compuesta de maderas de Setim, y cubierta por dentro y por fuera de oro purísimo, en la que había de colocarse la ley, ó las tablas de la ley, después de darle las instrucciones convenientes, le dijo estas palabras que leemos en el Exodo: «mira y hazlo según el modelo que te ha sido mostrado en el monte:» *inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est.*

María Santísima es el arca mística de la alianza nueva, enriquecida con todos los dones del Señor, adornada de todas las gracias del cielo, engrandecida con todas las virtudes, como que en su seno virginal y santísimo había de morar el autor soberano de la ley Jesucristo nuestro Dios. Al hablaros de esta Señora «cuyas alabanzas yo no acierto á espresar debidamente, como decía S. Bernardo, *quibus te laudibus eferam nescio*, bien puedo dirigiros las mismas palabras del Señor, refiriéndome á esta Virgen Reina de todas

las virtudes: mirad á María y haced, según este perfectísimo modelo que se os ofrece por la Iglesia más particularmente en este mes que consagrais á su culto: *inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est*; y para que esta imitación sea fiel y exacta en cuanto puede serlo, pensad que la debéis practicar con exactitud y sin negligencia, con sinceridad y sin rebozo, con celo y sin temor. De esta manera conseguireis las virtudes que anhelaís siguiendo los pasos de María: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

«Si vosotros fuérais pintor ó escultor, y quisiérais hacer una estatua ó retrato de la Virgen María no le daríais ciertamente un aire de cólera ó de orgullo, ha dicho un escritor; evitaríais con cuidado todo lo que tuviere parecido de molición, de vanidad, de negligencia; porque la virtud tiene sus rasgos característicos, como el crimen tiene los suyos. Pues bien; lo que no os atreveríais á modelar en yeso sin hacer injuria al génio; lo que no os atreveríais á copiar en un lienzo sin merecer la tacha de ignorancia ó de incapacidad, ¿por qué os creéis autorizados á representarlo en vuestras acciones?» Y en efecto A. M.; así sucederá desgraciadamente si no imitais con exactitud la relevante conducta de nuestra Madre santísima. No digais por Dios que sois débiles criaturas que os veis combatidos de poderosos enemigos á quienes no podeis resistir, y que esto os impide imitarla. El apóstol S. Pablo nos ha dicho que «todo lo podía en Aquel que le daba fortaleza.» Atribuid más bien esa dificultad á vuestra falta de exactitud, á vuestra negligencia en evitar los peligros que os cercan, que á la debilidad de vuestra naturaleza. Pura criatura como vosotros era María nuestro modelo. Es verdad que Ella por privilegio de origen estaba exenta de todo lo que podía hacerla temer los lamentables escollos donde nuestro corazón experimenta tan tristes y lamentables naufragios. Sin embargo, María está incesantemente atenta

á escuchar la voz de Dios, aprovecharse de sus gracias, y á observar escrupulosamente sus divinos mandamientos. María es inaxible á las seducciones de la tierra, y esto no obstante «hace su vocacion mas cierta,» como dice el Apóstol, afirmándose de día en día en la amistad de Dios por la prudencia de su conducta. ¡Ah! ¡cuán dichosos seríamos, A. M. si, como esta Madre santísima, lejos de ser negligentes en el importante negocio de nuestra santificacion, tratáramos de obrar esta con diligente y constante exactitud! Para ello necesitamos ante todo tomar todas las precauciones que nos eviten apartarnos de la senda del bien como lo practicaba la inocente María, que no parece sino que habia pactado con sus ojos no ver la vanidad del mundo, ni abrir sus oídos para escuchar sus alabanzas. Necesitamos, como Ella, perseverar en el trabajo y en el cumplimiento de nuestras respectivas obligaciones, porque la ociosidad es un peligro inminente para estraviarse en la senda de la virtud. Necesitamos el recogimiento y abstraccion de los sentidos para que el aire contagioso del siglo no llegue á envenenar nuestra alma. Faltando, pues, esta precision y exactitud en nuestra conducta, abandonándonos á una punible negligencia en el cumplimiento de nuestros deberes ¿qué ha de suceder sino lo que por desgracia sucede con harta frecuencia? Coaligados el infierno y el mundo para hacernos la guerra, se aprovechan de nuestros descuidos, y presentando el placer sus atractivos, y la fortuna sus tesoros, y el deleite sus dulzuras la ocasion se hace favorable, los medios son fáciles, el camino para el mal muy corto, y nuestra naturaleza degradada y propensa al pecado, no resiste á esas seducciones, y la caida es segura. Es que no hemos imitado á María en la exactitud con que cumplia los divinos preceptos, y por lo tanto nos hacemos desgraciados.

Esa imitacion de que nos ocupamos, A. M., necesita además que sea sincera y sin hipocresía. ¿Y tiene este ca-

rácter la que practican muchos cristianos? El apóstol S. Pablo que tan elocuentes enseñanzas nos ha dejado respecto á todos los actos de la vida espiritual en sus admirables epístolas nos traza la pureza de intencion, ó sea la sinceridad que debemos tener en todas nuestras acciones, diciéndonos: «Si bebiéreis, si comiéreis, ó si hiciéreis cualquiera otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios.» Pues no otro fin se propuso la Virgen santísima en los actos todos de su vida, y no otro fin debemos proponernos al imitarla. ¡Ah! ¡cuántas riquezas de virtud podemos atesorar obrando de esta manera! ¡Cuán fácilmente podemos llegar á una santidad extraordinaria con el cuidado de referir todas nuestras acciones á Dios imitando á María nuestra buena madre! Las buenas acciones que practiquemos cuando se refieran á Dios se harán mejores solo por esta rectitud de intencion, y aun las mas indiferentes se convertirán en buenas.

Por el contrario, A. M.; cuando en nuestros actos no preside la pureza de intencion, entonces la hipocresía viene á reemplazar esa nobilísima virtud; y entonces no olvidemos que nos confundimos con aquellos hombres desgraciados de que nos habla el Apóstol para que huyamos de ellos, los cuales «tienen apariencia de virtud, pero niegan la virtud y eficacia de ella:» *habentes quidem speciem pietatis, virtutem ejus abnegantes*. A estos es á quienes nuestro Señor Jesucristo dice en la persona de los escribas y fariseos: «¡Ay de vosotros hipócritas! que sois semejantes á los sepulcros blanqueados, que aparecen de fuera hermosos á los hombres, y dentro están llenos de huesos de muertos, y de toda suciedad. Así tambien os mostrais en verdad justos á los hombres; mas dentro estais llenos de hipocresía y de iniquidad:» *intus autem pleni estis hipocrissi et iniquitate*.

No sucederá así si corremos en pos de los ungüentos, de las hermosas virtudes de la Virgen Santísima que debe ser nuestro modelo. Antes bien tendremos la pureza de inten-